

La revolución del 90 y el semanario *Don Quijote*

Un núcleo de exiliados españoles de origen republicano levantaron en nuestro medio esa trascendente tribuna de opinión que fue la revista *Don Quijote*.

Dicha publicación se analiza aquí desde dos ángulos primordiales.

Por una parte, se examina el cuestionamiento que la misma ha efectuado de personajes e instituciones a lo largo del período comprendido entre 1886 y 1890, tanto desde el punto de vista socioeconómico como político y jurídico.

Por otro lado, se intenta precisar aquellos valores y aspectos de la realidad que fueron exaltados por tal publicación, en especial la configuración de la Unión Cívica y el estallido antijuarista que dio lugar a la Revolución del Parque.

En nuestra cultura ciudadana, uno de sus fenómenos más significativos pero que adolece al mismo tiempo de un tratamiento pertinente lo constituye la temprana expatriación de republicanos españoles a la Argentina y la propagación que ellos llevaron a cabo de los principios vinculados con el acervo democrático.

Dichos exiliados desplegaron una labor fecunda a través de múltiples canales como el periodismo, la tribuna, la docencia, los clubes y asociaciones de la colectividad, las luchas civiles y sindicales o hasta la misma militancia política. A título ilustrativo, puede señalarse que en la propia revolución del 90 intervinieron ex militares españoles asilados entre nosotros.

Así tendríamos que, entre 1860 y 1890, diversos españoles embarcados en la causa antimonárquica o copartícipes de la Primera República se aventuraron por estas latitudes para afincarse en ellas y disfrutar de una mayor libertad. Muchos de esos refugiados en el Plata bregaron por las soberanías nacionales y el federalismo o plasmaron ligas republicanas que llegarían a incidir sensiblemente sobre los mismos avatares políticos de la península¹.

Entre la pléyade de emigrados que reunieron tales características interesa rescatar ahora los nombres de aquellos que le dieron vida a la revista en cuestión y que alcan-

¹ Cfr. H.E. Biagini (comp.) Orígenes de la democracia argentina. El trasfondo krauista (B. Aires, Fundación Ebert y Edit. Legasa, 1989).

zaron a erigirse en sólida trilogía del periodismo gráfico combativo, haciendo del dibujo un arma política revulsiva, por lo cual sufrieron persecuciones y encarcelamientos. Estamos aludiendo al madrileño Eduardo Sojo, al gallego José María Cao y al andaluz Manuel Mayol, quienes produjeron una importante renovación en el género caricaturesco.

El primero de ellos arribó a estas costas en 1883, tras colaborar en publicaciones como *El Motín*, *Madrid Cómico*, *Gil Blas* y otras. De convicciones revolucionarias y federales, Sojo también había participado en el movimiento cantonalista durante su estada en Cartagena (1873), donde escribe en *El Cantón Murciano*. Su principal tarea intelectual en la Argentina va a estar ligada con la dirección del semanario satírico *El Quijote* a lo largo de dos décadas, el cual tuvo gran circulación y un tiraje elevado. En su vuelta definitiva a España, Sojo participó en *El País*, mientras procuraría fundar otro *Don Quijote* en Madrid, lugar éste que lo vio nacer en 1855 y donde fallece hacia 1908.

Cao Luaces, al igual que Sojo, utilizó el pseudónimo de Demócrito, al cual sólo le añadió el número II, tal vez para diferenciarse de su colega pero para reconocer al mismo tiempo su valía. Había nacido Cao en 1862 en el partido María del Cervo, Lugo. Formándose y trabajando como pintor decorativo en fábricas de cerámica, porcelana y cristal, estudió junto al conocido escultor José María López y militó en el Partido Republicano Federal. Desechando distintas oportunidades, como un cargo docente en la Escuela de Bellas Artes en La Coruña, se traslada a Buenos Aires en 1886, donde lleva una vida austera que se apaga en 1918. Allí interviene en la creación de diversas tribunas periodísticas o colabora activamente con otros ya existentes. Se puede recordar su pasaje por *Don Quijote*, *La Bomba*, *La Guerra*, *El Eco de Galicia*, *El Cid Campeador*, *El Sudamericano*, *Caras y Caretas*, *El Arlequín*, *La Nación*, *El Rebenque*, *El Clarín*, *El Hogar*, *Revista Popular*, etc. Ingresó a la masonería argentina y fue su maestro en dos ocasiones. Sus «Caricaturas contemporáneas», quizá su máxima labor, lograron difusión en Europa y América.

El menor de los artistas citados, Manuel Mayol, nació en Jerez de la Frontera (1865) y adoptó el nombre de Heráclito para firmar muchas caricaturas en las revistas argentinas y en españolas como *El Guerrillero*. Regresado de la Academia de Bellas Artes de Cádiz, sus telas fueron inicialmente celebradas y con el tiempo adquirieron pública notoriedad. En 1888 llega al Río de la Plata donde fundará revistas transcendentales como *Caras y Caretas*, *Fray Mocho* y *Plus Ultra*, la cual fue considerada entre las mejores del mundo por la calidad de sus materiales. Hacia 1919 regresa a España extinguiéndose en Puerto Real diez años después.

Estos tres emigrantes representaron pues un eslabón clave para la vida política y estética en la Argentina, donde siguieron luchando por las instituciones republicanas como lo habían intentado vanamente en su propio país de origen. Concibiendo al arte como herramienta social, ridiculizaron a los gobiernos corruptos y desnudaron al más pintado. Por otra parte, sin disminuir el amor a su patria y al terruño, fueron

asimilándose al medio adoptivo, cuyo humorismo llegaron a modificar, convirtiéndose en esclarecidos intérpretes de una nueva realidad.

Don Quijote

La publicación mencionada constituyó una influyente tribuna de opinión crítica mediante el dibujo y los comentarios mordaces en torno a la actualidad política del momento.

Fundado por Eduardo Sojo como semanario dominical, llegaron también a colaborar en él otros eximios periodistas o caricaturistas hispánicos: José María Cao Luaces y Manuel Mayol, cuya trayectoria ya ha sido puesta de manifiesto.

Durante el accidentado período presidencial de Juárez Celman, el contenido esencial de *Don Quijote* apuntó en dos direcciones complementarias: por un lado, cuestionar, a través de la denuncia y de la ridiculización, ciertos personajes, instituciones y episodios vinculados, en mayor o menor medida, con la época en particular. Como contrapartida, se exaltan desde sus columnas otros valores y acontecimientos.

I

En el primer caso, los ataques principales se orientan hacia blancos muy heterogéneos.

En el área económica, aparece sumamente denostada la creciente actividad usuraria, especuladora y bursátil, caracterizándose a la Bolsa de Comercio como un hábito infecto al que sólo correspondía clausurar.

Además de ello, mientras se condena duramente a los dueños de inquilinatos por elevar el alquiler en forma excesiva, se propone que las tierras sin explotar les sean entregadas en propiedad a los trabajadores².

Desde el punto de vista social y jurídico, se deploran la realización de duelos, la beatería, los privilegios corporativos, los castigos físicos en la escuela, el desprecio al extranjero, el despojo del indígena, etcétera.

Con todo, el flanco preferido de *Don Quijote* bordea habitualmente la esfera política. Si bien a veces se ponen reparos a la indiferencia ciudadana por la cosa pública, casi todos los dardos se emplean contra el gobierno, al cual se le acusa permanentemente de incapaz, corrupto, arbitrario y despótico.

Aun poco antes de asumir las nuevas autoridades, se sentenciaba:

Cerca ya del gran día de la coronación del nuevo Czar argentino /.../ su cuñado hecho y amasado por el mismo generalísimo /.../ Roca otra vez con la misma caterva de chupópteros y aduladores de esos que se deshacen por la patria según ellos; pero que con más propiedad podría decirse de la patria que es deshecha y devorada por los mismos³.

Asimismo, se proporciona una gran ilustración donde se ven a Roca y Juárez Celman aplastando a la República Argentina.

² Véase el manifiesto de época «¡Abajo la Bastilla!», *Todo es Historia*, n.º 267, septiembre 1989.

³ «Fantasía pampeana», *Don Quijote*, oct. 1886.

Apenas unos meses después, el diagnóstico se acentuaría con lapidaria ironía:

¿Qué cosa es este gobierno?

¿Para qué es este gobierno?

¿Qué hace este gobierno?

Y nadie nos contesta, ni nos contestará porque nadie lo sabe ni lo sabrá /.../

No hay nada que hacer aquí/ en la casa de gobierno/. Y realmente para el que no sabe hacer nada, no hay nada que hacer nunca. No hay necesidad de reformas interiores, ni de manifestaciones exteriores.

Tenemos ya más leyes que las que precisamos.

Más caminos que los que hemos de andar.

Por no tener que hacer ya; ni hay ferrocarriles que vender, ni bonos que negociar, ni cosa que empeñar. Por no tener qué hacer, ni aun se hacen empréstitos porque ya no hay quien dé.

La Administración está tan perfectamente organizada, que marcha por sí sola, ¿a dónde diré? al caos⁴.

Don Quijote, tras haber objetado el abandono total de la Constitución, a fines de 1889 terminaría por reclamar una «salvación nacional» ante la desesperante crisis financiera y los irreparables destinos oficiales.

Luego, con motivo de evocarse la fiesta de la independencia argentina, se aducía que si el 9 de julio de 1816 el país estaba «en poder de la República» para el mismo mes de 1890 la nación aparecía en cambio como «en poder de los ingleses» —por el endeudamiento y la dependencia que se había contraído con estos últimos.

Por cierto que los cargos efectuados no se lanzaron en abstracto sino que, *contrario sensu*, se hallaban bien personificados.

Cayeron entonces, bajo la picota de los mencionados periodistas españoles, una gran variedad de figuras pertenecientes al aparato estatal. Entre todas ellas se destaca el propio Juárez Celman —como summum de la ineptitud, la inmoralidad y el entreguismo—, apodado Celemin Primero y representado ocasionalmente por la imagen de un burro cordobés⁵.

Junto a aquél, se satirizaron otras personalidades de la época, muchas de ellas con funciones gubernativas: Eduardo Wilde «La Pata» o «El Clown», Estanislao Zeballos «Zebollas», Ramón Cárcano «El Mono», Torcuato de Alvear «Palmerín» el inamovible, Carlos Pellegrini «Pelelegringo», Julio A. Roca «El Zorro», el jefe de la Cámara de Diputados —general Lucio V. Mansilla— «Mantequilla», el jefe de policía —coronel Capdevilla «Cabo de Vela», el arzobispo Aneiros «Asneiros», o el embajador español López Guijarro «Guijarrón». Un símbolo casi constante es el del farol como exponente de los hombres incondicionales al primer mandatario.

Durante los cuatro años aquí analizados se levantaron lemas o consignas como estandartes fundamentales de la publicación: «Este diario se compra pero no se vende», «Independencia y tente tieso» o «Ya hemos echado colmillos/ para morder a los pillos». Frente al secuestro de ejemplares o materiales para la impresión y frente al encarcelamiento que sufrieron sus redactores, éstos no dejarían de mofarse anteponiendo el siguiente encabezamiento:

⁴ «Preguntamos», *ibid.*, 6 marzo 1887.

⁵ Durante todo el primer semestre de 1887, se reprodujo en cada uno de los números una nota donde se criticaba a Juárez Celman por haber maltratado a un repartidor de Don Quijote.